

TRIBUNA LIBRE

Tensar el patrimonio



José María Esteban
Arquitecto

ALGUNOS ejemplos en los últimos tiempos nos han dado la razón sobre reflexiones anteriores. En ellas destacábamos, cómo intereses ajenos a la buena práctica de la defensa del Patrimonio arqueológico ó arquitectónico, ambos conceptos cada vez más idénticos, son capaces de liarlo todo y al final, aquella defensa, solo queda en intentos de destacar espurios protagonismos personales.

Creo que hoy por hoy la obra pública de Cádiz, necesaria y programada en los planes de hace mas de un decenio cobra realidad gracias al impulso del actual equipo municipal, al cesar lo que es del cesar. Pero no es menos cierto que muy ayudada por la impresentable y precaria inversión, que se aprieta en esta ciudad en gran parte de este siglo. Probablemente desde el tiempo de la Dirección General de Regiones Devastadas con el arreglo de los daños de la explosión de 1948 y posteriormente con la apuesta por el sector naval, -hoy también casi en vísperas de desaparición, en una supuesta reconversión que ha sido el engaño laboral más flagrante en el sur de Europa-, nunca antes en Cádiz se habían destinado suficientes recursos públicos para modernizar, adaptar y cubrir la obligada puesta a punto de una ciudad, que intenta con mucha dificultad no perder su vigencia con el panorama urbano español.

El coste de dicha acumulación de débitos urbanos en inversiones obligadas, es sin embargo cobrado asiduamente a la memoria histórica de la ciudad. Saquemos como ejemplo la nueva estación de ferrocarril en Puerta de Tierra.

Nadie duda de la necesitada ejecución de la terminal para mejorar el acceso ferroviario, pero el diseño del proyecto global, la situación y el volumen de la modernísima y estruendosa esta-

ción, podrían haberse adaptado mucho mejor al lugar y las circunstancias existentes. Además, ¿Qué necesidad hay de unirla a las defensas modernas para acceder por ellas a los andenes? Creo que se confunden los asuntos.

La contundente estación, cuyo impacto visual hacia la ciudad, en el entronque con el casco histórico, me resulta en gran parte negativo y desproporcionado, incluso en los materiales utilizados, podría haber tenido otros tratamientos más cuidadosos. Daba gusto bajar por la Cuesta de las Calesas y confundir el azul de mar con los almacenes del puerto. Hoy aquí, un raro cobre en Cádiz, unas grandes cristalerías reflectantes, otra gran plaza de intercambio sin casi espacio, y lo colado: una pasarela para que puedan ir "cómodamente" las personas con minusvalías ó no y sus maletas desde arriba en el pretil de los glacia. Para ello, deben recorrer más de doscientos metros de rampas descubiertas, casi el mismo recorrido que antes.

Desde siempre se ha bajado la Cuesta de las Calesas sin intentar enmascarar una necesidad que, pensando fundamentalmente en las personas, obligue al mejor Patrimonio de Cádiz a sufrir complicadas operaciones en las que se rompen las murallas por donde interesa y se inventan pasarelas de mármol sobre lo ya inventado. Existen otras soluciones más dignas para ambas necesidades, como ascensores en sitios invisibles y accesos en varios puntos, sin que sean tan ostensibles.

Estas decisiones basadas en hechos consumados, no solo son capaces de desmembrar parte de la lectura histórica de la ciudad sino que además crea un desconcierto y bochornoso intercambio de decisiones, en las que como siempre, la lucha de los técnicos se debate entre quienes interpretan los siglos de la muralla, ó los que buscan justificaciones burocráticas de procedimiento.

Sigo convencido que, de nuevo, la mejor iconografía de Cádiz, ha perdido una oportunidad única para haber sido

restaurada decentemente. Si la estación estatal y la autofinanciada Plaza de Sevilla, hubieran tenido en cuenta su desmesurada presencia junto a la segunda puerta de entrada en la todavía bimilenaria ciudad de Cádiz, pensando un poco el entorno, su emplazamiento y situación estratégica, aquella, Puerta de Tierra, hubiera agradecido de camino una inversión para restaurarla como es debido, ya digo si se hubiera entendido como proyecto patrimonial también.

Pareciera como si se hubiese utilizado esta inversión en parte, para penetrar indecorosamente la ciudad y la muralla, con el volumen y con la artificiosa excusa de los accesos rodados con menos del ocho por ciento, demagógicamente articulados por dos puntos que no convienen ni a la perspectiva ni al respeto a las murallas. Hoy éstas siguen faltitas de respeto, entre el deporte del trasnochado y duro cemento y las casas de caridad, en arrimos incompatibles con la dignidad del monumento y ambas acciones en esta ciudad. Cupo pensarlo mejor. Quizás fue una de las justificaciones de la marcha de los "buenos" arquitectos, que deben irse antes de firmar lo infirmable.

En fin lo dicho, hay que sopesar las actuaciones, no hay que confundir las necesidades con las prisas técnicas y políticas. Estas traen siempre algún que otro sinsabor. La prueba más evidente se ha podido constatar recientemente en el Palillero, en la muestra sobre lo sucedido en el siglo XX en Cádiz. La exposición que últimamente en esta ciudad más personas de a pié han visitado. Vista e inaugurada por el Concejal de Cultura, a quien se debe su realización, pero solo él. Allí pudimos aprender que las equivocaciones en Cádiz, son cicatrices de mala costura. Siempre sanan muy tarde y arrasan memorias de todos que se perderán inevitablemente para toda la vida, sin que ello suponga frenar las inversiones, ni tampoco y evidentemente la creación de los puestos de trabajo, porque pensando las cosas, también se hacen, pero mucho mejor.

*Enviado a la red el 7 de mayo de 02
Publicado el 14 de abril de 2002*

TENSAR EL PATRIMONIO

Algunos ejemplos en los últimos tiempos nos han dado la razón sobre reflexiones anteriores. En ellas destacábamos, cómo intereses ajenos a la buena práctica de la defensa del Patrimonio arqueológico ó arquitectónico, ambos conceptos cada vez más idénticos, son capaces de liarlo todo y al final, aquella defensa, solo queda en intentos de destacar espurios protagonismos personales.

Creo que hoy por hoy la obra pública de Cádiz, necesaria y programada en los planes de hace mas de un decenio, algunas mucho antes, cobra realidad gracias al impulso del actual equipo municipal, al cesar lo que es del cesar. Pero no es menos cierto que muy ayudada por la impresentable y precaria inversión, que se aprieta en esta ciudad en gran parte de este siglo. Probablemente desde el tiempo de la Dirección General de Regiones Devastadas con el arreglo de los daños de la explosión de 1948 y posteriormente con la apuesta por el sector naval, -hoy también casi en vísperas de desaparición, en una supuesta reconversión que ha sido el engaño laboral más flagrante en el sur de Europa-, nunca antes en Cádiz se habían destinado suficientes recursos públicos para modernizar, adaptar y cubrir la obligada puesta a punto de una ciudad, que intenta con mucha dificultad no perder su vigencia con el panorama urbano español.

El coste de dicha acumulación de débitos urbanos en inversiones obligadas, es sin embargo cobrado asiduamente a la memoria histórica de la ciudad. Es decir, cuando llega el dinero, su aparición no se somete a crítica y avasalla a veces con la herencia patrimonial. Saquemos como ejemplo la nueva estación de ferrocarril en Puerta de Tierra.

Nadie duda de la necesitada ejecución de la terminal para mejorar el acceso ferroviario, pero el diseño del proyecto global, la situación y el volumen de la modernísima y estruendosa estación, podrían haberse adaptado mucho mejor al lugar y las circunstancias existentes. Además, ¿Qué necesidad hay de unirla a las defensas modernas para acceder por ellas a los andenes?. Creo que se confunden los asuntos.

La contundente estación, cuyo impacto visual hacia la ciudad, en el entronque con el casco histórico, me resulta en gran parte negativo y desproporcionado, incluso en los materiales utilizados, podría haber tenido otros tratamientos más cuidadosos. Daba gusto bajar por la Cuesta de las Calesas y confundir el azul de mar con los almacenes del puerto, allí si hubo medida sensibilidad. Hoy aquí, un raro cobre en Cádiz, unas grandes cristaleras reflectantes, otra gran plaza de intercambio sin casi espacio, y lo colado: una pasarela para que puedan ir "cómodamente" las personas con minusvalías ó no y sus maletas desde arriba en el pretil de los glacis. Para ello, deben recorrer más de doscientos metros de rampas descubiertas, casi el mismo recorrido que antes.

Desde siempre se ha bajado la Cuesta de las Calesas, y se ha llegado naturalmente hasta el vestíbulo de la estación, sin intentar enmascarar una necesidad que, pensando fundamentalmente en las personas, obligue al mejor Patrimonio de Cádiz a sufrir complicadas operaciones en las que se rompen las murallas por donde interesa y se inventan pasarelas de mármol sobre lo ya

inventado. Existen otras soluciones más dignas para ambas necesidades, como ascensores en sitios invisibles y accesos en varios puntos, sin que sean tan ostensibles.

Estas decisiones basadas en hechos consumados, no solo son capaces de desmembrar parte de la lectura histórica de la ciudad, cuyo paso de hoja tiene una magnífica interpretación en la Puerta de Tierra, sino que además crea un desconcierto y bochornoso intercambio de decisiones, en las que como siempre, la lucha de los técnicos se debate entre quienes interpretan los siglos de la muralla, ó los que buscan justificaciones burocráticas de procedimiento.

Sigo convencido que, de nuevo, la mejor iconografía de la ciudad de Cádiz, ha perdido una oportunidad única para haber sido restaurada decentemente. Si la estación estatal y la autofinanciada Plaza de Sevilla, hubieran tenido en cuenta su desmesurada presencia junto a la segunda puerta de entrada en la todavía bimilenaria ciudad de Cádiz, pensando un poco el entorno, su espacio con edificios existentes, (como la aduana y la comandancia de marina con un herrerismo franquista de cierto valor histórico, porque existió, como otras arquitecturas que se han mantenido) su emplazamiento y situación estratégica, aquella, Puerta de Tierra, hubiera agradecido de camino una inversión para restaurarla como es debido, ya digo si se hubiera entendido como proyecto patrimonial también.

(la puerta
Cádiz.

Pareciera como si se hubiese utilizado esta inversión en parte, para penetrar indecorosamente la ciudad y la muralla, con el volumen y con la artificiosa excusa de los accesos rodados con menos del ocho por ciento, demagógicamente articulados por dos puntos que no convienen ni a la perspectiva ni al respeto a las murallas. Hoy éstas siguen faltitas de respeto, entre el deporte del trasnochado y duro cemento y las casas de caridad, en arrimos incompatibles con la dignidad del monumento y ambas acciones en esta ciudad. Cupo pensarlo mejor. Quizás fue una de las justificaciones de la marcha de los "buenos" arquitectos, que deben irse antes de firmar lo infirmable.

En fin lo dicho, hay que sopesar las actuaciones, no hay que confundir las necesidades con las prisas técnicas y políticas. Estas traen siempre algún que otro sinsabor. La prueba más evidente se ha podido constatar recientemente en el Palillero, en la muestra sobre lo sucedido en el siglo XX en Cádiz. La exposición que últimamente en esta ciudad más personas de a pié han visitado. Vista e inaugurada por el Concejal de Cultura, a quien se debe su realización, pero solo él. Allí pudimos aprender que las equivocaciones en Cádiz, son cicatrices de mala costura. Siempre sanan muy tarde y arrasan memorias de todos que se perderán inevitablemente para toda la vida, sin que ello suponga frenar las inversiones, ni tampoco y evidentemente la creación de los puestos de trabajo, porque pensando las cosas, también se hacen, pero mucho mejor.

JOSE MARIA ESTEBAN GONZALEZ
Arquitecto 30/03/02